

LA HUIDA



n ligero ruido me despertó y, cuando abrí los ojos, me encontré mirando directamente a los ojos de un león. Despierta, hechizada, abrí mucho los ojos, mucho, mucho, como para poder contener al animal que tenía delante de mí. Traté de ponerme en pie, pero llevaba varios días sin comer y mis débiles piernas temblaron y se doblaron. Me desmoroné contra el árbol bajo el cual había estado descansando, protegida del sol del desierto africano, que se vuelve implacable al mediodía. En silencio, incliné la cabeza hacia atrás, cerré los ojos y sentí la dura corteza del árbol al presionar contra mi cráneo. El león se hallaba tan cerca que percibía su olor almizclado en el aire caliente. Invoqué a Alá.

–Éste es mi fin, Dios mío. Por favor, llévame ahora.

Mi largo recorrido por el desierto tocaba a su fin. No tenía con qué protegerme, no tenía armas ni energía para correr. Sabía que incluso en el mejor de los casos no conseguiría subirme a un árbol antes que el león, porque, como todos los felinos, es un excelente trepador y sus fuertes garras le ayudan a ser más rápido de lo que puedo ser yo. Apenas me hubiese levantado a medias, zas, un zarpazo y habría desaparecido. Sin miedo, volví a abrir los ojos y le dije al león:

–Vamos, ven a por mí. Estoy preparada.

Era un hermoso macho de melena dorada y larga cola que agitaba de un lado a otro para espantar las moscas. Era joven y saludable: tendría unos cinco o seis años. Sabía que podría aplas-

tarme con facilidad; era el rey. Toda la vida había visto patas como las suyas derribar ñúes y cebras que pesaban cientos de kilos más que yo.

El león me miró fijamente y entrecerró poco a poco aquellos ojos suyos del color de la miel. Mis ojos castaño oscuro sostuvieron su mirada, se trabaron con los suyos. Apartó la vista.

–Venga, cógeme ahora.

Me echó otra ojeada y de nuevo desvió la vista. Se relamió y se tumbó. Luego se levantó y anduvo de arriba abajo, delante de mí, sensual, elegante. Por fin, giró sobre sí mismo y se alejó; sin duda había decidido que con tan poca carne sobre los huesos no merecía la pena engullirme. Atravesó el desierto con paso majestuoso hasta que su pelaje pardo se confundió con la arena.

Cuando me di cuenta de que no iba a matarme, no suspiré de alivio, pues no había sentido miedo. Estaba preparada para morir. Era obvio que Dios, que había sido siempre mi mejor amigo, tenía otra cosa planeada para mí, algún motivo para mantenerme viva.

–¿Qué es? –le pregunté–. Llévame..., guíame. –Y con gran esfuerzo me puse en pie.

Este viaje de pesadilla empezó porque huí de mi padre. Contaría yo unos trece años y vivía con mi familia, una tribu de nómadas del desierto somalí, cuando mi padre anunció que había hecho arreglos para que me casara. Supe que tenía que actuar de prisa o mi nuevo marido se presentaría de pronto a por mí. Le dije a mi madre que quería huir. Mi plan consistía en encontrar a mi tía, la hermana de mi madre, que vivía en Mogadiscio, capital de Somalia. Por supuesto, nunca había estado en Mogadiscio; ni en ninguna otra ciudad. Tampoco conocía a mi tía. Pero con el optimismo característico de los niños, creía que las cosas funcionarían a mi favor, como por arte de magia, y me lancé a recorrer quinientos kilómetros de desierto.

Mientras mi padre y el resto de la familia dormían, mi madre me despertó.

–Vete ahora.

Miré en busca de algo que coger, algo que llevarme, pero no había nada, ni una botella de agua, ni un frasco de leche, ni una cesta con comida. De modo que, descalza y cubierta por un pañuelo, corrí hacia la negra noche del desierto.

Como no sabía en qué dirección se hallaba Mogadiscio, me limité a correr, poco a poco al principio, porque no veía nada; avancé tambaleante, tropezando con raíces. Por fin, decidí sentarme, porque en África por todas partes hay serpientes y yo les tenía pavor. Me imaginaba que cada raíz que pisaba era el cuerpo de una siseante cobra. Me senté y observé cómo el cielo se iluminaba paulatinamente. Aun antes de que saliera el sol, eché a correr como una gacela. Corrí y corrí, y seguí corriendo durante horas.

Al mediodía ya había avanzado a fondo por la arena rojiza y a fondo por mis pensamientos. ¿Hacia dónde demonios me dirigía?, me pregunté. Ni siquiera sabía en qué dirección iba. El paisaje se extendía hacia la eternidad; tan sólo alguna que otra acacia o un espino rompían ocasionalmente la monotonía de la arena. Veía kilómetros y kilómetros delante de mí y a mi alrededor. Hambrienta, sedienta, cansada, aminoré el paso y caminé en lugar de correr. Vagando, aturdida y aburrida, me pregunté hacia dónde me llevaría mi nueva vida. ¿Qué me ocurriría después?

Mientras me planteaba estas preguntas, creí oír «Waris... Waris...». ¡Me llamaba la voz de mi padre! Me volví varias veces y le busqué, pero no vi a nadie. Acaso me estaba imaginando cosas, me dije. «Waris... Waris...», la voz se repetía en forma de eco a mi alrededor, en un tono suplicante que no impidió que tuviera miedo. Si me atrapaba, me llevaría de vuelta y me obligaría a casarme con ese hombre y, encima, probablemente me daría una paliza. No eran imaginaciones mías: era mi padre y se estaba acercando. Eché a correr tan rápido como pude. Aunque le llevaba varias horas de ventaja, me había alcanzado. Más tarde me percaté de que me encontró siguiendo mis huellas en la arena.

Mi padre era demasiado viejo para atraparme, al menos eso creía yo, porque yo era joven y veloz. En mi mente infantil, él era

un anciano. Y ahora recuerdo, riendo, que por entonces él contaba treinta y tantos años. Todos estábamos en muy buena forma porque íbamos corriendo a todas partes; no teníamos coche ni ninguna clase de transporte público. Además, yo siempre había sido rápida, persiguiendo animales, buscando agua, echándole una carrera a la inminente oscuridad a fin de llegar a casa a salvo antes de que se perdiera la luz.

Al cabo de un rato ya no oí a mi padre llamarme, de modo que aminoré el paso. Si seguía moviéndome, papá se cansaría y regresaría a casa, me dije. De pronto miré hacia atrás, hacia el horizonte, y le vi venir, en lo alto de una loma. Él también me había visto. Aterrada, eché a correr aún más deprisa, y más. Diríase que hacíamos *surfing* en olas de arena. Yo volaba loma arriba y él bajaba, casi deslizándose, por la loma anterior. Así continuamos durante horas, hasta que de súbito advertí que hacía tiempo no lo había visto y que ya no me llamaba.

Con el corazón latiendo como un tambor, me detuve por fin, me oculté detrás de un arbusto y miré alrededor. Nada. Escuché atentamente. Nada. Cuando llegué a una piedra plana que sobresalía de la arena me detuve a descansar. Pero había aprendido la lección de la noche anterior y, cuando eché a correr de nuevo, lo hice por las rocas, donde el suelo era duro, y cambié de dirección a fin de que mi padre no pudiera seguir mis huellas.

Supuse que papá había dado media vuelta para regresar a casa, porque el sol se estaba poniendo. Con todo, no llegaría antes de que la luz se desvaneciera; tendría que regresar en plena oscuridad, tratar de oír los ruidos nocturnos de nuestra familia, trazar el camino gracias a las voces, los gritos y las risas de los niños, a los ruidos, el mugido y el balido de los animales. En el desierto, el viento desplaza muy lejos el sonido, de modo que estos ruidos hacían las veces de faro cuando nos perdíamos de noche.

Tras caminar por las rocas, alteré mi trayectoria. No importaba qué dirección elegía porque no tenía idea de cuál era la que me llevaría a Mogadiscio. Corrí hasta que se puso el sol; la luz desapareció y la noche era tan negra que no veía nada. Para

entonces estaba famélica y sólo podía pensar en la comida. Mis pies sangraban. Me senté a descansar bajo un árbol y me dormí.

Por la mañana, el sol me quemó el rostro y me despertó. Abrí los ojos y miré hacia las hojas de un hermoso eucalipto que se alzaba hacia el cielo. Poco a poco se me fue presentando la realidad de mi situación. «Dios mío, estoy sola. ¿Qué voy a hacer?»

El león me despertó durante una de estas siestas. Para entonces ya no me importaba mi libertad; sólo quería ir a casa, con mi mamá. Más que comida y agua, lo que quería era a mi mamá. Y aunque ocurría con cierta frecuencia que pasáramos un par de días sin comer o beber, sabía que no sobreviviría mucho tiempo más. Me sentía tan débil que apenas podía moverme, y mis pies estaban tan agrietados y doloridos que cada paso suponía una tortura. Cuando el león se sentó delante de mí y se lamió los labios, yo ya había perdido toda esperanza y aguardaba su zarpazo como un modo de escapar de mi sufrimiento.

Pero el león miró los huesos que casi se salían de mi piel, mis mejillas hundidas y mis ojos saltones y se alejó. No sé si sintió compasión por un alma tan desdichada o si sencillamente tomó la decisión más pragmática de que yo no equivalía ni siquiera a un tentempié. O si Dios había intercedido por mí. En todo caso, decidí que Dios no podía ser tan despiadado como para salvarme sólo para dejarme morir de una manera más cruel, como de hambre, por ejemplo. Tenía otros planes para mí, así que le pedí que me guiara. Apoyándome en el árbol para mantener el equilibrio, me puse en pie.

–Llévame..., guíame –grité.

Emprendí el camino de nuevo y al cabo de unos minutos llegué a una zona de pastoreo y me vi rodeada de camellos. Distinguí a la hembra que más leche llevaba en las ubres, corrí hacia ella y mamé como un bebé. El pastor me descubrió y me gritó:

–¡Lárgate, pequeña hija de puta! –Y oí cómo restallaba su látigo. Pero yo estaba desesperada y seguí bebiendo, apurando la leche tan rápido como mi boca me lo permitía.

El pastor corrió hacia mí; me chilló a voz en grito. Sabía que si no me espantaba, para cuando me alcanzara sería demasiado tarde, pues ya no quedaría leche. Pero yo ya había bebido suficiente y eché a correr. Me persiguió y logró darme un par de latigazos antes de que, como era más rápida que él, le tomara la delantera y le dejara atrás, de pie sobre la arena, maldiciendo bajo el sol de la tarde.

Ahora que tenía combustible recuperé la energía. Seguí corriendo hasta llegar a una aldea. Nunca antes había estado en un lugar como aquél, con edificios y calles hechas de tierra batida. Caminé por el centro de la calle, pues daba por sentado que debía hacerlo por allí. Paseé por la aldea; boquiabierta, observé el extraño paisaje, volviendo la cabeza en todas direcciones. Una mujer pasó a mi lado, me miró de arriba abajo y me dijo en voz muy alta:

–Eres una estúpida. ¿Dónde crees que estás? –Y a otros aldeanos que iban por la calle les comentó–: ¡Dios mío!, mirad sus pies. –Y señaló mis pies, agrietados y cubiertos de costras de sangre–. ¡Eh! ¡Ay, Dios mío! Debe de ser una estúpida palurda. –Lo había adivinado y me gritó–: Niña, si quieres vivir, ¡sal de la calle, sal del camino! –Me apartó con un gesto del brazo y se echó a reír.

Yo sabía que todos la habían oído y me sentí sumamente avergonzada. Agaché la cabeza, pero continué andando por el medio del camino, porque no entendía de qué hablaba. Al poco tiempo llegó un camión –¡bip!, ¡bip!– y tuve que apartarme de un salto. Me volví de cara al tráfico y al ver coches y camiones que se dirigían hacia mí levanté la mano, tratando de que alguien se detuviera y me ayudara. No puedo decir que hiciera autoestop, porque ni siquiera sabía lo que eso significaba. Así que me detuve en el camino con la mano extendida para que alguien se parara. Un coche pasó a toda velocidad y casi me arrancó la mano, de modo que la replegué bruscamente. Volví a extenderla, pero no tanto, me acerqué un poco más al lado del camino y seguí andando. Miraba los rostros de las personas que pasaban en sus coches y rezaba en silencio porque una de ellas se detuviera y me ayudara.

Por fin, un camión se detuvo. No me siento orgullosa de lo que ocurrió a continuación, pero ocurrió, ¿y qué remedio me queda, sino decir la verdad? Todavía hoy, cuando pienso en aquel camión, desearía haber confiado en mi instinto y no haberme subido.

El camión llevaba una carga de piedras para la construcción, piedras como serradas un poco más pequeñas que las pelotas de béisbol. Al frente iban dos hombres; el conductor me abrió la puerta y me dijo en somalí:

-Súbete, cariño.

Me sentí impotente, muerta de miedo.

-Voy a Mogadiscio -expliqué.

-Te llevaré a donde quieras ir.

El conductor sonrió. Cuando sonreía se le veían los dientes, rojos, como el rojo del tabaco. Pero yo sabía que no era el tabaco lo que les daba ese color, porque había visto a mi padre masticarlo en una ocasión. Era *khat*, una planta narcótica que mastican los africanos y que se asemeja a la cocaína. A las mujeres no se les permite ni tocarla, por suerte. Hace que los hombres se vuelvan locos, agresivos, y ha destrozado muchas vidas.

Supe que tenía problemas, pero no sabía qué otra cosa podía hacer, de modo que acepté. El conductor me dijo que subiera atrás, y la idea de no estar cerca de aquellos dos hombres me supuso cierto alivio. Me subí, me senté en un rincón y traté de acomodarme sobre el montón de piedras. Ya había oscurecido y el desierto había refrescado. El camión empezó a moverse y, como tenía frío, me tumbé para protegerme del viento.

Lo siguiente que supe fue que el hombre que iba al lado del conductor se hallaba junto a mí, arrodillado sobre las piedras. Tendría unos cuarenta y tantos años y era feo, feísimo. Era tan feo que su cabello lo abandonaba, se estaba volviendo calvo. Pero trataba de compensarlo con un bigotito. Le faltaban dientes y los que le quedaban estaban rotos, manchados de rojo oscuro por el *khat*; no obstante, me sonrió y los exhibió con orgullo. Nunca olvidaré mientras viva la sonrisa lujuriosa de su cara.

Además, era gordo, como vi cuando se bajó los pantalones. Su pene erecto saltaba delante de mí cuando me cogió de las piernas y trató de separármelas.

–Ay, no, por favor, no, por favor –le supliqué.

Entrelacé mis flacas piernas, formando una especie de ocho, y las mantuve cerradas con todas mis fuerzas. Él forcejeó conmigo y trató de obligarme a separarlas. Luego, como no lo conseguía, levantó una mano y me dio una fuerte bofetada. Solté un grito agudo que el aire llevó consigo mientras el camión avanzaba a toda velocidad en la noche.

–¡Abre las jodidas piernas!

Luchamos. Tenía todo su peso encima y las duras piedras me cortaban la espalda. Volvió a levantar la mano y a golpearme, pero más fuerte. Con el segundo bofetón supe que tenía que idear otra táctica, pues él era demasiado fuerte para mí. A diferencia de mí, tenía experiencia. Sin duda había violado a muchas mujeres y yo estaba a punto de convertirme en la próxima. Deseaba matarlo, ¡ay, cómo lo deseaba!, pero no disponía de ninguna arma.

De modo que fingí desearlo.

–De acuerdo, de acuerdo –le dije con dulzura–, pero primero déjame hacer pis.

Advertí que se estaba excitando aún más –¡vaya, esta chiquilla lo deseaba!– y dejó que me levantara. Fui al extremo opuesto del camión y fingí ponerme en cuclillas y hacer pis en la oscuridad. Esto me dio un momento para pensar en lo que debía hacer. Para cuando acabé con mi pequeña farsa, había ideado un plan. Cogí una de las piedras más grandes que encontré y, con ella en la mano, regresé y me tumbé a su lado.

Él se subió encima de mí y yo apreté la piedra. Con todas mis fuerzas la levanté hacia un lado de su cabeza y le golpeé de lleno en la sien. Le golpeé una vez y vi que se mareaba. Volví a golpearle y le vi caer. De pronto sentí que poseía una fuerza tremenda, como la de un guerrero. No sabía que tenía tanta fuerza, pero cuando alguien te ataca e intenta matarte te vuelves pode-

rosa. No sabes lo fuerte que eres hasta ese momento. Él continuaba tumbado y le di otro golpe y vi cómo le salía sangre de la oreja.

Su amigo, el que conducía el camión, lo vio todo desde la cabina. Empezó a gritar.

—¿Qué coño pasa ahí atrás? —Y buscó unos arbustos para aparcar junto a ellos.

Sabía que si me atrapaba acabaría conmigo. Conforme el camión aminoraba la marcha, me deslicé hacia la parte trasera, me levanté sobre las piedras y salté al suelo, como una gata. Entonces corrí tan rápido como pude.

El camionero era un anciano. Saltó fuera de la cabina y gritó con voz rasposa:

—¡Has matado a mi amigo! ¡Vuelve aquí! ¡Le has matado!

Me persiguió un rato entre los arbustos y renunció, o eso creí.

Regresó al camión, se subió, arrancó y empezó a perseguirme por el desierto. Los faros delanteros iluminaban el suelo a mi alrededor; oí el rugido del vehículo a mis espaldas. Corría tan rápido como podía, pero, claro, el camión me iba ganando terreno. Corrí en zigzag y di una vuelta en la oscuridad. Como no pudo mantenerme a la vista, renunció y se dirigió de nuevo hacia el camino.

Por mi parte, corrí como un animal perseguido; corrí por el desierto, luego por la jungla y de nuevo por el desierto, sin saber dónde me encontraba. El sol se levantó y yo seguí corriendo. Por fin di con otro camino. Aunque estaba muerta de miedo por lo que podría ocurrir, decidí hacer autoestop de nuevo, porque sabía que tenía que alejarme cuanto más mejor del camionero y su amigo. Nunca he sabido qué le ocurrió a mi asaltante después de que le golpeará con la piedra, pero lo último que quería era volver a encontrarme con aquellos dos.

De pie, al lado del camino bajo el sol de la mañana, debía de ofrecer una imagen increíble. Mi pañuelo ya sólo era un harapo asqueroso; llevaba días corriendo sobre la arena y mi piel y mi cabello estaban cubiertos de polvo; mis brazos y mis piernas parecían palos susceptibles de romperse con una fuerte ráfaga de

viento y las heridas de mis pies podían rivalizar con las de un leproso. Con la mano extendida, hice que un Mercedes se detuviera. Un hombre elegante paró a un lado del camino. Me subí, casi a rastras, hasta el asiento de cuero y observé el lujo boquiabierto.

–¿A dónde vas? –preguntó el hombre.

–Por allí.

Señalé hacia delante, en la dirección que llevaba el auto. El hombre abrió la boca, enseñando sus hermosos dientes blancos, y se echó a reír.

II

CRIARSE CON ANIMALES



Antes de huir de casa, mi vida giraba en torno a la naturaleza, la familia y nuestro estrecho vínculo con los animales, que nos mantenían vivos. Desde mi primera infancia compartí una característica común en los niños del mundo entero. De hecho, mi primer recuerdo es mi cabra, *Billy*. *Billy* era mi tesoro especial, lo era todo para mí, y tal vez la quería porque era una cría. Solía darle, a escondidas, toda la comida que encontraba, hasta que se convirtió en la cría de cabra más gorda y feliz del rebaño.

—¿Por qué está tan gorda esta cabra, cuando las demás son tan flacas? —preguntaba sin cesar mi madre.

Yo la cuidaba muy bien, la cepillaba, la acariciaba y le hablaba durante horas.

Mi relación con *Billy* era representativa de nuestra vida en Somalia. El destino de mi familia se entrelazaba con el de nuestros rebaños; nuestra necesidad de ellos conllevaba un gran respeto por nuestra parte y este sentimiento formaba parte de todo lo que hacíamos. Todos los niños de mi familia cuidábamos a nuestros animales, una tarea en la que ayudábamos tan pronto empezábamos a andar. Nos criábamos con los animales, prosperábamos cuando ellos prosperaban, sufríamos cuando ellos sufrían, moríamos cuando ellos morían. Criábamos vacas, ovejas y cabras, pero aunque yo quería mucho a mi pequeña *Billy*, no había duda de que nuestros camellos eran los animales más importantes de cuantos poseíamos.

El camello es legendario en Somalia. Somalia se enorgullece de tener más camellos que cualquier otro país del mundo; hay más camellos en Somalia que personas. En mi país existe una larga tradición de poesía oral, que en gran parte transmite el conocimiento sobre camellos de una generación a otra, y refiere cuán valiosos son para nuestra cultura. Recuerdo que mi madre nos cantaba una canción que más o menos decía: «Mi camello se ha ido con el hombre malo, que lo matará o me lo robará, así que suplico, rezo, por favor, devuélveme mi camello». Desde que era un bebé supe de la gran importancia de estos animales, porque en nuestra sociedad son como el oro: no se puede vivir en el desierto sin ellos. Según los versos de un poeta somalí:

*Una hembra de camello es una madre
para quien la posee.
Mientras que un camello macho es la arteria
de la que depende la vida misma.*

Y es cierto. La vida del hombre se mide por camellos; así, cien camellos es el precio de un hombre asesinado; el clan del asesino ha de pagar cien camellos a la familia de la víctima, de lo contrario, el clan del muerto atacará al asesino. El precio tradicional de las novias se da en camellos. Pero en lo cotidiano, los camellos nos mantenían vivos. Ningún otro animal domesticado encaja tan bien con la vida en el desierto. El camello quiere beber una vez por semana, pero puede pasar un mes sin agua. Entretanto, sin embargo, la hembra del camello da leche para alimentarnos y apagar nuestra sed, lo cual supone una enorme ventaja cuando uno se encuentra lejos del agua. Incluso con las temperaturas más calientes, los camellos retienen el líquido y sobreviven; se alimentan de los ralos arbustos de nuestro árido paisaje y dejan el pasto para otra clase de ganado.

Los criábamos para que nos transportaran por el desierto y cargaran con nuestras escasas pertenencias y para pagar nuestras deudas. En otros países, puede uno subirse a un coche, pero

nuestros camellos eran nuestro único medio de transporte, aparte de nuestras piernas.

La personalidad de este animal es muy parecida a la del caballo: puede llegar a tener una relación estrecha con su amo y hacer por él cosas que no haría por nadie más. Los hombres doman a los camellos jóvenes –una práctica peligrosa– y los adiestran para poder montarlos y para que sepan seguir al de cabeza. Se debe ser firme con ellos, porque si perciben debilidad en el jinete pueden tirarlo o patearlo.

Como la mayoría de somalíes, nuestra vida era la de los pastores. Aunque la supervivencia nos exigía una lucha constante, éramos ricos, según las normas de mi país, gracias a nuestros nutridos rebaños de camellos, vacas, ovejas y cabras. Siguiendo la tradición, mis hermanos solían cuidar de los animales más grandes, o sea, las vacas y los camellos, y las chicas cuidábamos de los más pequeños.

Siendo nómadas, viajábamos continuamente: nunca nos quedábamos en el mismo lugar más de tres o cuatro semanas. El cuidado de nuestros animales era lo que impulsaba este incesante desplazamiento; buscábamos comida y agua para mantenerlos vivos y en el clima seco de Somalia rara vez resultaba fácil encontrarla.

Nuestro hogar consistía en una choza tejida con hierba que por ser portátil parecía una tienda. Con palos formábamos un marco, luego mi madre tejía esteras de hierba y nosotros las colocábamos encima de ramitas torcidas, formando un domo de unos dos metros de diámetro. Cuando llegaba el momento de trasladarnos, desmantelábamos la choza y atábamos los palos, las ramitas, las esteras y nuestras escasas posesiones a lomos de nuestros camellos. Son animales increíblemente fuertes; los bebés y los niños pequeños iban montados encima de todo y el resto caminábamos a su lado, guiando al ganado hasta nuestro siguiente hogar. Cuando encontrábamos un lugar con agua y follaje para pasto, establecíamos un nuevo campamento.

La choza proporcionaba un refugio a los bebés, sombra para protegernos del sol de mediodía y un lugar donde almacenar la

leche fresca. De noche, el resto –los niños acurrucados todos juntos en una estera– dormíamos al raso, bajo las estrellas. Al caer el sol, el desierto se volvía frío; no teníamos suficientes mantas para todos y, como tampoco había mucha ropa, nos calentábamos con el calor de nuestros cuerpos. Mi padre, nuestro guardián, el protector de la familia, dormía a un lado.

Por la mañana nos levantábamos con el sol. Nuestra primera tarea consistía en ir a los corrales donde guardábamos los rebaños y los ordeñábamos. Adondequiera que fuéramos, cortábamos árboles jóvenes para construir los corrales, a fin de que los animales no se dispersaran por la noche. Poníamos a las crías en corrales aparte, separadas de sus madres, para que no se tomaran toda la leche. Una de mis tareas era ordeñar las vacas, separar un poco de leche para hacer mantequilla y dejar suficiente para los terneros. Después de ordeñar, dejábamos que las crías entraran a mamar.

Luego desayunábamos leche de camella, que es más nutritiva que la de los otros animales y contiene vitamina C. Nuestra región era muy seca, no había agua suficiente para el cultivo, de modo que no teníamos verduras ni pan. En ocasiones seguíamos a los jabalíes verrugosos que nos llevaban a las plantas; con su olfato hallaban raíces silvestres y extraían el festín con pezuñas y hocico. Nuestra familia compartía este tesoro llevándolo a casa y añadiéndolo a nuestra dieta.

Matar animales por su carne representaba para nosotros un desperdicio y sólo lo hacíamos en casos urgentes o en ocasiones especiales, como las bodas. Nuestros animales eran demasiado valiosos para que los matáramos y los comiéramos, pues los criábamos por su leche y para cambiarlos por otras cosas que necesitábamos. El alimento cotidiano consistía en leche de camella para el desayuno y para la cena. A veces no había suficiente para todos, de modo que primero alimentábamos a los más pequeños, luego a los más ancianos, y así. Mi madre nunca tomaba un bocado hasta que todos hubiesen comido; de hecho, no recuerdo haber visto a mi madre comer, si bien me doy cuenta de que debió de

hacerlo. Pero si no teníamos con qué cenar, daba igual, no nos espantaba, no era motivo de llantos o quejas. Los bebés podían llorar, pero los niños mayores conocíamos las normas, y simplemente nos dormíamos. Tratábamos de ser alegres, mantener la calma y guardar silencio; al día siguiente, Dios mediante, encontraríamos algo. *In'shallah*, si Dios quiere, era nuestra filosofía. Sabíamos que nuestra vida dependía de las fuerzas de la naturaleza y nosotros no las controlábamos, sino Dios.

Una gran ocasión, como lo sería la fiesta mayor en otras partes del mundo, era cuando mi padre traía un costal de arroz. Entonces usábamos la mantequilla que preparábamos agitando leche de vaca en una cesta tejida por mi madre. De vez en cuando cambiábamos una cabra por maíz cultivado en las regiones más húmedas de Somalia, lo molíamos y preparábamos gachas o lo hacíamos saltar en un cazo sobre el fuego. Cuando había otras familias, compartíamos todo lo que teníamos. Si una familia tenía algún otro alimento, dátiles o raíces, o si había matado un animal por su carne, lo cocinaba y lo repartía entre todos. Compartíamos nuestra buena suerte, porque aunque nos encontrábamos aislados la mayor parte del tiempo (viajábamos con una o dos familias), formábamos parte de una comunidad más extensa. Además, puesto que no teníamos neveras, la carne y cualquier alimento fresco debía consumirse enseguida.

Cada mañana, después del desayuno, sacábamos a los animales del corral. A los seis años, yo era responsable de llevar rebaños de unas sesenta o setenta ovejas y cabras a pastar en el desierto. Cogía mi palo largo y me iba sola con mi rebaño, guiándolo con mi cancioncita. Si uno se apartaba del grupo, usaba mi palo para devolverlo al redil. Estaban deseosos de ir, pues se daban cuenta de que salir del corral significaba que había llegado el momento de comer. Era importante salir temprano, antes que otros, para encontrar el mejor lugar con agua fresca y mucha hierba. Cada día me apresuraba a buscar agua a fin de tomar la delantera a otros pastores; de lo contrario, sus animales se beberían la poca agua disponible. En todo caso, a medida que el sol iba calentando, la tie-

rra se volvía tan sedienta que absorbía toda el agua. Me aseguraba de que los animales bebieran cuanta pudieran, porque quizá pasaría una semana antes de que encontráramos más. O dos. O tres. ¿Quién sabe? A veces, durante las sequías, lo más triste era ver morir a todos los animales. Avanzábamos cada día más lejos en busca de agua; los animales trataban de seguir adelante, pero llegaba un momento en que ya no podían y, cuando caían, sentía la mayor impotencia del mundo porque sabía que había llegado el fin y que no había nada que yo pudiera hacer.

En Somalia, el terreno de pastoreo no pertenece a nadie, de modo que me tocaba ser más astuta y descubrir zonas con muchas plantas para mis cabras y ovejas. Mi instinto de supervivencia se centraba en buscar señales de lluvia y oteaba el cielo por si había nubes. Mis otros sentidos también entraban en juego, pues cierto olor o cierta sensación en el aire presagiaban lluvia.

Mientras los animales pastaban, yo vigilaba por si aparecía algún depredador, y de éstos hay muchos en África. Las hienas solían acercarse sigilosamente y atrapar las crías de cordero o de cabra que se habían apartado del rebaño. Había que prestar atención a los leones y a los perros salvajes. Todos viajaban en manada, pero yo estaba sola.

Al observar el cielo, calculaba con cuidado cuánto podía alejarme para regresar a casa antes del anochecer. Sin embargo, solía equivocarme en mis cálculos y entonces empezaban mis problemas. Mientras trastabillaba en la oscuridad, tratando de llegar a casa, las hienas atacaban, porque sabían que no las veía. Daba un bastonazo a una, pero otra se me acercaba sin hacer ruido y cuando espantaba a ésta, otra se aproximaba corriendo sin que yo la viera. Las hienas son las peores, por implacables; no abandonan hasta lograr su objetivo. Cada noche, cuando llegaba a casa y metía a mis animales en el corral, los contaba varias veces por si faltaba alguno. Una noche regresé con mi rebaño y al contar las cabras advertí que faltaba una. Volví a contar, y conté de nuevo. De pronto me di cuenta de que no había visto a *Billy* y correteé entre las cabras buscándola. Corrí hacia mi madre, gritando: